

*ACTUALIDAD DE EGIPTO ANTE LOS VEINTE AÑOS
DE SU REVOLUCION*

Casi siempre que se trata de la moderna nación egipcia es muy general la tendencia a considerar sus cuestiones como simples facetas regionales de los problemas del Cercano Oriente. En general, tanto la evolución de Egipto como la del resto de los países de expresión árabe, suelen ser enfocadas en los círculos informativos mundiales sólo en relación con las acciones y presiones de las grandes potencias o con las facetas dramáticas que atañen a todo el referido Cercano Oriente. Sin embargo (y a pesar de las trabas enormes que impone la continuación de las consecuencias de la guerra de junio de 1967), lo esencial de la acción de la nación egipcia, de su Estado y de su pueblo sigue dependiendo de sus factores propios más que de los internacionales. Así, aunque en el corriente julio de 1972 las posibilidades externas de la política egipcia siguen relacionadas con varios factores que le son totalmente ajenos, la mayor atención se ha dedicado a lo puramente local. Sobre todo en conexión con el cumplimiento de los veinte años desde la revolución del 23 de julio de 1952.

En realidad, lo que ahora se revisa no es tanto la labor realizada o programada durante los referidos veinte años como las posibilidades de lo que ha quedado y lo que puede hacerse después de la muerte de Gamal Abdel Nasser, en septiembre de 1970. En los distintos sectores gubernamentales de El Cairo, lo mismo que entre los elementos titubeantes y aquellos en que los entusiasmos iniciales se han enfriado, hay una convicción común de que (a pesar de continuar la filiación simbólica respecto a la revolución de 1952) lo que ahora está viviendo Egipto es «otro tiempo y otra cosa».

Acaso hayan constituido un nuevo punto de partida las reformas de 1971, que tuvieron como factor central y esencial la nueva Constitución, que fue promulgada el 11 de septiembre como resultado del referéndum que se había realizado inmediatamente antes. Dos meses atrás habían tenido lugar las

elecciones generales para renovar los organismos de la Unión Socialista Árabe (partido único y solamente autorizado) y otras elecciones parciales para cubrir los puntos vacantes en el seno de la Asamblea Nacional. Por otra parte, en la Unión Socialista fue reforzada la cabecera, es decir, la parte donde predomina la intervención personal de su presidente, que es al mismo tiempo el Jefe del Estado, o sea, Annuar el Sadat.

En los primeros momentos en que Annuar el Sadat cogió en sus manos el poder, como sucesor de Abdel Nasser (con el cual había sido vicepresidente de la República), pareció que se había conseguido asegurar totalmente la continuidad del sistema implantado por la revolución de julio de 1952. Incluso se recordaba el antecedente de que Sadat fue entonces quien anunció por la radio la caída del rey Faruq. Luego, el hecho de que había acompañado a Abdel Nasser en algunos de sus viajes más característicos y había secundado su representación en varias etapas. En realidad el papel de Sadat había sido entonces importante, pero no brillante. Pero después de haber sucedido a Nasser se consideró que Sadat ofrecía la ventaja de ser una persona centrada sobre la medida y una especie de «virtud burguesa». Es decir, alguien que no dejaría empujar ni arrastrar por extremismos del ala derecha ni del ala externa.

En realidad, para lo interno, la «solución Sadat» pareció a muchos una continuación de puro trámite, pero en lo externo e internacional Sadat obtuvo rápidamente (casi inmediatamente) un extendido prestigio. La oferta que hizo a las potencias y a la ONU el 4 de febrero de 1971 para facilitar la reapertura del canal de Suez (iniciando así una paz efectiva en todo el Cercano Oriente) fue acogida con general simpatía en amplios sectores de la opinión mundial. Puede decirse en favor de Sadat que fue sincera y que si al final fracasó no fue por su culpa, sino por la tozudez de ciertos poderes mundiales. Sobre todo de Washington.

Annuar el Sadat no tuvo la culpa de que después de haberse entrevistado con Rogers y con Sisco, de los cuales recibió asentimientos verbales, en la Casa Blanca no se llegase a darles forma material, y de que al final Washington no obligase a Israel a cooperar efectivamente en el proyecto de abrir el Canal, iniciando así en parte la retirada de zonas ocupadas militarmente, que el Consejo de Seguridad había preconizado en su famosa resolución del 22 de noviembre de 1967. Claro es que, por su parte, la iniciación del despegue pacifista ofrecido por Sadat habría representado *de facto* un evidente reconocimiento de Israel por parte de Egipto. Reconocimiento acaso

tácito, pero no menos evidente. De todos modos, si por una actuación norteamericana Annuar el Sadat hubiese conseguido la evacuación del Canal y el Sinaí por las tropas israelíes, se habría asegurado el entusiasmo de un gran sector del pueblo egipcio, que prefiere concentrarse en sus propios intereses antes que dispersarse en los restos del llamado Mundo Árabe.

Lo evidente fue que el actual presidente de la República Árabe de Egipto no recibió apoyo ni aliento sincero desde el exterior, y eso pudo debilitar su posición en el interior. Sólo por una mayor velocidad de acción, y por el apoyo constante de los mandos del Ejército, logró Sadat desbaratar en la primavera de 1971 el intento de golpe de Estado de los portavoces del llamado «nasserismo de izquierda», y en el primavera de 1972, adelantarse a otras maniobras del llamado «nasserismo de derechas». Al mismo tiempo ha procurado ensanchar la plataforma de popularidad de su nuevo régimen «centralista», por una serie de medidas de aflojamiento de controles y de facilidades estimulantes en varios sectores de la economía. Ha sido un propósito especialmente evidente desde que en enero del corriente 1972 se formó el actual Gobierno de tecnócratas, presidido por el ingeniero Aziz Sedki.

En realidad (y aparte el referido apoyo militar), el actual jefe del Estado de Egipto no utiliza cuadros de gestión ni núcleos de colaboradores especialmente políticos, sino que prefiere dirigirse directa y frecuentemente a los dos grandes organismos constitucionales. Es decir, la Unión Socialista Árabe y la Asamblea Nacional.

Esto explica el interés y el significado de los discursos de Annuar el Sadat, discursos que han llegado a ser el factor más destacado del hombre y de su obra. Son a veces muy largos y prolijos en referencias, que se repiten y se vuelven a presentar desde nuevos ángulos. Pero su misma lentitud e insistencia son muestras del empeño que Sadat pone en fundamentar su acción presidencial sobre el hablar directo con los organismos que representan simbólicamente al poder popular.

El primero de los discursos esenciales de este año fue el del 13 de enero. En aquella ocasión, dicho discurso (que fue transmitido radiofónicamente a toda la nación) la parte principal fue la referida al hecho de que Wáshington había acabado, por encerrarse en un tenaz silencio en vez de responder positivamente a las propuestas egipcias sobre el Canal y el Sinaí, propuestas basadas en las decisiones tomadas mayoritariamente por la ONU.

Entonces fue también cuando Sadat, presionado en cierto modo por varios sectores de opinión, sobre todo juveniles, tuvo que volver a proclamar la ne-

cesidad de llegar a otra guerra con Israel si Egipto seguía sin ser escuchado. Incluso dijo: «La guerra será total sobre nuestro territorio, como sobre el territorio de Israel.» Días después anunció «la movilización de todas las energías nacionales al servicio de la batalla», y el Ministerio técnico, presidido por Aziz Sedki, recibió el encargo de realizar tal cometido. Aunque a la vez se explicó que la palabra «batalla» no solamente se refería a las operaciones bélicas, sino al previo esfuerzo de preparación militar y también a la labor de intensificación de la producción en todos los sectores de recursos físicos y humanos.

En el mismo discurso de enero, el jefe del Estado egipcio precisó lo siguiente: «La línea fundamental de la política que nosotros seguimos, y que yo he proclamado en más de una ocasión en mis discursos desde el 1 de mayo hasta la exposición del jueves 13 del corriente enero, es que yo considero la derrota del 5 de junio de 1967 como un punto de partida desde el cual tomamos nuestro impulso para una nueva edificación en todos los aspectos de nuestra vida. La etapa por la que atravesamos es la de la transacción hacia el socialismo en todo el sentido de este término. En lo que concierne a esta etapa, nosotros tomamos en consideración dos principios fundamentales. El primero es el del control del pueblo sobre los medios de producción. El segundo es que no haya explotación de un hombre por otros hombres.»

Sadat añadió después lo siguiente: «En lo que concierne a la solución política, nada afectará a nuestra resolución de librar batalla, y yo no decidiré solo sobre ella. Yo os consultaré y no haré ninguna modificación más que después de haber consultado al pueblo. La resolución se mantiene siempre. Sólo se trata de escoger el momento de calcular el mejor momento. Según he explicado en mi último discurso, antes de dar señales de la batalla tengo que hacer cálculos. En esta etapa todo está consagrado a la batalla, porque ella pertenece al pueblo. Todo debe ser preparado en vista de ella: la economía, la política, el Ejército, los organismos oficiales, el sector público, el Gobierno, la defensa civil y todo el resto. La misión esencial del nuevo Gobierno es la de movilizar las potencialidades del país... El nuevo Gobierno será una especie de sala de operaciones para concentrar las capacidades y las responsabilidades.

Otro discurso destacado de Sadat fue el del 4 de mayo, pronunciado en el estado de Alejandría con ocasión de la Fiesta del Trabajo. Su tema principal fue que el período de esfuerzos intensos comprendidos entre julio

de 1952 y julio de 1972 ha sido y sigue siendo la etapa más intensa y destacada de una lucha por la independencia que Egipto inició desde comienzos del siglo XIX. Dijo: «Nuestra independencia no es el resultado de una casualidad ni de un regateo. Ha sido el resultado de un camino penoso, que a veces cavamos en la roca con nuestra sangre.» Dijo que era necesario continuar sin descanso el esfuerzo en pro de un total desarrollo libre en lo político, lo económico y lo social; a pesar de los retrasos originados por hechos impuestos y violentos, como las secuelas de la guerra de junio de 1967 y la actual continuación de la presencia israelí en el Canal y el Sinaí. Luego insistió sobre la unidad del esfuerzo, subrayando lo siguiente: «Una revolución que se hace sin trabajo no puede alcanzar ningún resultado. Del mismo modo, la independencia que no se obtiene al precio de la sangre está constantemente amenazada. Sólo aquel que ha vertido su sudor sobre su suelo conoce la responsabilidad social de la edificación nacional. Sólo el que ha vertido sangre por el honor de la tierra sabe salvaguardar la independencia a pesar de todos los desafíos. Este es nuestro pueblo; ésta es una historia grandiosa desde el comienzo de la Historia; éstas son nuestras responsabilidades y éste es nuestro papel. Nuestra lucha de hoy no es más que la continuación de la de ayer, con pasos más rápidos sobre la misma vía.»

El 14 de mayo, y ante el pleno de la Asamblea Nacional, el presidente de la República Árabe de Egipto pronunció el tercero de sus más importantes discursos de carácter general. Fue una revisión de la situación del país, tanto interior como exterior. Se refirió principalmente a los objetivos de la labor de reconstrucción y al apretamiento de los cuadros de gobernación y representación por medio de la promulgación de una Constitución permanente, de la reconstrucción de la Unión Socialista («desde la cumbre hasta la base») y de las elecciones para renovar la «Asamblea del Pueblo» (nombre actual de la Asamblea Nacional). Dijo que toda esta concentración servía para reforzar la vigilancia en el sentido de que los enemigos de Egipto desearan que sus gobernantes tomen una dirección errónea, gracias a una falta de estudio, a un afán de precipitación o a una emoción repentina. Y afirmó: «Yo declaro a vosotros, los representantes de este pueblo entero, que nadie podrá, en ninguna circunstancia, llevarme a tomar una decisión en un momento inoportuno y sin calcular su alcance con los responsables de su ejecución.»

Todas estas afirmaciones parecen referirse a las perspectivas de una nueva contienda contra Israel, pero simultáneamente se afirma también (por

Sadat y por los otros portavoces oficiales) que el principal objetivo es la paz. Ha podido señalarse, desde fuera y lejos de Egipto, que Sadat anuncia objetivos imposibles con la contradicción de buscar la paz y anunciar la guerra. En realidad, la consecución de la paz no depende de él, sino de que las potencias y el Consejo de Seguridad se decidan a escucharle. Y la palabra «batalla», empleada con profusión, no sólo se refiere a la unanimidad nacional ante la posible guerra, sino a que esa unanimidad se aplique también en las empresas civiles.

Entre tanto, el vigésimo aniversario de la revolución de julio de 1952 ha llegado cuando Egipto está realizando un enorme esfuerzo de adelanto económico-social, basado en la agricultura, la industria y la minería. Respecto a lo primero y lo segundo, son ya el elemento principal las aguas y la fuerza eléctrica de la alta presa de Assuán, que entró completamente en servicio al comenzar 1971 y que con sus 157.000 millones de metros cúbicos de aguas embalsables es una de las mayores del mundo. Otra obra que está en curso de realización es el acondicionamiento de la ciudad siderúrgica de Heluán, al sur de El Cairo, que llegará a producir millón y medio de toneladas de hierro y acero. Desde luego, Egipto fabrica ya autos, camiones, autobuses, material ferroviario, aparatos electrodomésticos y radiofónicos, etc. Además, su producción algodonera sigue destacando como la primera del mundo. Respecto al petróleo, a cada paso se están descubriendo nuevos yacimientos en su desierto occidental (los cuales son prolongación de los yacimientos libios). En su explotación participan empresas egipcias, otras norteamericanas, soviéticas, francesas, españolas e italianas.

Aparte de los esfuerzos realizados por los propios egipcios, es muy interesante comprobar que existe un ambiente de gran confianza ante su porvenir en los sectores financieros e industriales de bastantes naciones extranjeras, sobre todo de Europa occidental (aparte los de Europa oriental, Irán, Japón y otras árabes, como Kuwait y Abu Dhabi). Desde fines de 1971 el Banco Internacional (BIRD) garantiza las inversiones extranjeras en Egipto. Por otra parte, El Cairo será la sede del nuevo Banco Árabe-Europeo, que unirá las actividades de quince Bancos de Estados árabigos (entre ellos los nacionales y oficiales) con otros siete de Alemania, Bélgica, Austria, Francia, Inglaterra, Holanda e Italia.

El Cairo será también la sede de otras instituciones cuyas actividades se extenderán al resto del Cercano Oriente. Por ejemplo, allí se construirá la primera Universidad Obrera del Mundo Árabe. Además, Egipto tiene actual-

mente varios millares de profesores actuando en centros de enseñanza de otros países de lengua y cultura arábigas.

Esto recuerda y destaca indirectamente el hecho invariable de que Egipto sigue siendo en muchas ocasiones el principal punto de referencia para las aspiraciones y parte de los logros de los Estados y los pueblos que coinciden en sus conexiones dentro de las diversas formas del arabismo. Tanto la independencia totalmente efectiva de 1952 como la nacionalización del Canal, en 1956, fueron dos acontecimientos que quedaron como facetas históricas esenciales porque influyeron en las evoluciones posteriores de los demás países semejantes o coincidentes. Luego el prestigio egipcio pasó por varias crisis, pero volvió a adquirir nuevas posibilidades desde que el 20 de agosto de 1971 se hizo la proclamación de Damasco, estableciendo la Federación Tripartita de Repúblicas Árabes, que componen Egipto, Libia y Siria.

Dicha Federación viene a reunir efectivamente la mitad de los habitantes del llamado «Mundo Árabe» y ocupa en varios sectores (sobre todo internacionales) casi una posición de eje geográfico. Sin embargo, se nota que (por lo menos exteriormente) el grupo de los dirigentes de la Federación no reclama una hegemonía, sino que solamente pide una asociación. Aparte el caso de Jordania (donde la violencia del rey Hussein contra los palestinos ha llevado a un semiaislamiento oficial), en la relación egipcia con los otros regímenes árabes, socialistas o no, se busca desde El Cairo una cooperación igualitaria y en plan de consultas mutuas. En este julio de 1972, la Federación de El Cairo con Trípoli y Damasco se presenta como una orientación más que como una nueva obligación.

Como ejemplo de esta posición favorable a la acción panarábiga, por medio de la profusión de los coloquios y encuentros directos, se han citado las visitas que Annuar el Sadat realizó en mayo a Argelia y a Túnez. La primera, en la cual Sadat fue acompañado por el dinámico líder de Libia, Mohamed el Gaddafi, originó entre ambos y el presidente Bumedián una casi «pequeña cumbre» de tres jefes de Estado con idearios muy semejantes. Pero, en cambio, la visita personal que Annuar el Sadat hizo después al presidente tunecino, Habib Burguiba, fue de gran efectismo espiritual, por la impresión que produjo la alocución del jefe del Estado egipcio ante la Asamblea Nacional de Túnez, «con una sinceridad abierta y familiar», según se comentó a continuación.

Otra prueba de que la posición actual de Egipto y sus federados es de

confianza entre los sistemas árabes diferentes, lo prueban las relaciones de cooperación directa entre El Cairo, Kuwait y Beirut.

Además de la política árabe, en el vigésimo aniversario de la revolución de julio ha constituido para Egipto un motivo de satisfacción el rumbo favorable que lleva la política continental africana, en la cual Egipto participa a través de la OUA, que tiene su sede en Addis Abeba. A la conferencia cumbre de jefes de Estados y de Gobiernos de dicha OUA (Organización de Unidad Africana), que se celebró en Rabat el mes de junio, no asistió personalmente Annuar el Sadat, aunque envió un mensaje especial. Al final de dicha conferencia de Rabat, la OUA aprobó por unanimidad una resolución sobre el Cercano Oriente. En ella los jefes de Estados y Gobiernos invitaban a Israel a declarar públicamente la aceptación de principio de no-anexión de territorios ocupados por la fuerza y a evacuar las zonas árabes ocupadas en junio de 1967, cumpliendo la resolución del Consejo de Seguridad de noviembre de 1967.

Dicha resolución de la OUA no ha representado en la forma nada nuevo, pues se ha limitado a reiterar una posición que los Estados africanos habían manifestado en el seno de las Naciones Unidas. Sin embargo, el hecho de repetir y subrayar la «invitación» a Israel significó un especial homenaje de adhesión a Egipto como nación africana y ha sido calificada de «victoria moral». Al menos porque son varios los países de Africa negra en los cuales Israel ha venido realizando importante penetración por inversiones de dinero, envío de técnicos (incluso militares), creación de empresas, concesiones de becas e incluso planes para bases permanentes. Con la resolución de la OUA Israel «ha pasado al banquillo de los acusados, junto a Rhodesia y la Unión Sudafricana», ha escrito el parisiense *Le Monde*. Y aunque no va a tener ningún resultado concreto, resulta grato a los sectores oficiosos de El Cairo.

Más efectiva parece ser la tendencia manifestada por la tripartita Federación de Repúblicas Arabes a apuntar una acción coordinada aguas arriba de la cuenca del río Nilo. Aparte de reanudar los intentos de que el Sudán se adhiera, por fin, a la Federación, se busca un contacto mayor con los países negros de los grandes lagos. Así, en una reunión de los tres jefes de Estado, de Egipto, Libia y Siria, que tuvo lugar en El Cairo el 21 de junio, asistió (especialmente invitado) el presidente de Uganda, Idi Amin, con el fin de que Uganda pueda tomar parte en una «política regional».

En resumen, la situación actual de la República Árabe de Egipto, al ha-

berse cumplido los veinte años del comienzo de su revolución, es de bastantes dificultades y muchas esperanzas. En lo interno, el peso de su aparato de preparación bélica disminuye los recursos que deberían destinarse a la planificación emprendida en unas tareas económico-sociales, que se hacen más urgentes por la presión de un veloz y excesivo aumento. Así, para ayudar a elevar el nivel de vida se han aumentado las facilidades concedidas a los elementos mercantiles del sector privado. Pero, por otra parte, se ha prohibido la importación de muchos artículos que son considerados como «de lujo». Sin embargo, y a pesar de los problemas del momento, es general la convicción de que el tiempo trabaja en pro de un porvenir muy positivo, en vista de que la nación y el pueblo poseen muchos elementos naturales de aguante.

En cuanto a lo internacional, los gobernantes de El Cairo confían en que su fidelidad al espíritu de la ONU y su confianza en que se cumplan las resoluciones de ésta sobre el Próximo Oriente son factores que robustecen el prestigio egipcio y sus derechos territoriales. Sobre todo porque Egipto siempre ha estado dispuesto a acatar la Carta de la ONU, que Israel ha desdeñado.

RODOLFO GIL BENUMEYA

1. The first step in the process of creating a business plan is to determine the purpose of the business. This involves identifying the market, the target audience, and the unique value proposition of the business. A clear purpose statement is essential for guiding the business's strategy and operations.

2. The second step is to conduct a thorough market analysis. This includes researching the industry, identifying competitors, and understanding the needs and preferences of the target market. A detailed market analysis provides valuable insights into the business's potential and helps in making informed decisions.

3. The third step is to develop a marketing strategy. This involves determining the most effective ways to reach the target audience, including advertising, public relations, and social media. A well-defined marketing strategy is crucial for the success of the business.

4. The fourth step is to create a financial plan. This includes estimating the costs of the business, determining the revenue streams, and projecting the financial performance over time. A realistic financial plan is essential for securing financing and managing the business's finances.

5. The fifth step is to write the business plan. This involves combining all the information gathered in the previous steps into a coherent and comprehensive document. The business plan should be clear, concise, and easy to understand, and it should serve as a roadmap for the business's future.

6. The sixth step is to review and revise the business plan. This involves seeking feedback from others, identifying areas for improvement, and making necessary adjustments. A business plan is a living document that should be updated regularly as the business evolves.

7. The seventh step is to implement the business plan. This involves putting the plan into action and monitoring the business's progress. Regular communication and reporting are essential for ensuring that the business is on track and making adjustments as needed.

8. The eighth step is to evaluate the business's performance. This involves comparing the actual results with the goals set in the business plan. Regular evaluation helps in identifying strengths and weaknesses and provides valuable insights for future decision-making.

9. The ninth step is to seek financing. This involves identifying potential sources of capital, such as banks, investors, and crowdfunding. A well-prepared business plan is essential for attracting financing and ensuring that the business has the resources it needs to succeed.

10. The tenth step is to launch the business. This involves opening the business doors, hiring staff, and beginning operations. A successful launch is the culmination of all the previous steps and sets the stage for the business's long-term success.